

#### **IV. El texto: Transmisor del significado**

Explicamos brevemente en el último artículo algo de la teoría de E. D. Hirsch, quien dice que el sentido de un texto escrito reside en la intención de su autor. Vimos que esta afirmación está de acuerdo con el sentido común, y aún más importante, con la enseñanza y el carácter de la Biblia. Pero también dijimos que hoy en día no todo el mundo está de acuerdo con esta idea. De hecho, en el ámbito secular Hirsch se ha quedado un poco solo con su insistencia en la autoridad del autor. Más o menos hacia la mitad del siglo pasado surgió una escuela que advertía contra la “falacia de la intención del autor.” Esta escuela se llamaba el *New Criticism* (castellano: la “crítica nueva”), y tuvo una influencia importante sobre todo en los años 1940-1960. Los eruditos asociados con esta escuela argumentaban que la intención del autor es irrecuperable. ¿Cómo podemos entrar en la mente del autor? ¿Cómo podemos saber de su intención, cuando tal vez ni él mismo estaba del todo consciente de ella? Y supuesto que la intención del autor fuese recuperable, según esta escuela, esta no tendría importancia porque el significado reside de manera autónoma en el texto en tanto que obra acabada y pública. La obra literaria se basta a si misma. Implícitamente en esta crítica está la negación del autor. El *New Criticism* no atribuye autoridad alguna al autor.<sup>1</sup>

Los proponentes del *New Criticism* insistían que hay que estudiar el texto con mucha cautela. Según ellos, la clave de la interpretación está en ver las complejas interrelaciones que puedan haber en el texto. El interprete tiene que hacer una lectura “cercana” del texto (es decir, muy cuidadosa). Además, tiene que leerlo como una unidad. Las interpretaciones de esta escuela solían enfatizar ambigüedades, tensiones, y ironías en el texto.

Otra escuela secular que busca el significado en el texto y no en la intención del autor es el *estructuralismo*. Este es un movimiento amplio que afecta a muchos campos, y cuya pretensión es ser una teoría general sobre la cultura humana, no solamente un método de investigación literaria.

El estructuralismo es muy complejo, y no es posible profundizar en ello en este momento. Me limitaré, por lo tanto, a un aspecto de ello que tiene implicaciones para el estudio de la Biblia. El estructuralismo subraya la importancia de reconocer y tratar los *géneros literarios*. El género sirve para describir “convencionalismos” que se encuentran en diferentes clases de obras literarias. Tiene que ver con las reglas o normas que se aplican en la interpretación de un estilo de literatura u otro. Detectar el género de un texto permite al lector saber cuales son las reglas que se han de aplicar en la lectura. Los diferentes géneros son como diferentes deportes. Para poder jugar o seguir un partido de fútbol o de baloncesto, uno tiene que aprender las respetivas reglas del juego. En la lectura, es necesario, por ejemplo, distinguir entre la poesía y la narración, y saber “las reglas del juego” de cada uno—es decir, las maneras distintivas en que comunican su sentido.

Tremper Longman observa que el estructuralismo niega que los escritores sean contribuidores originales de sus obras. En realidad la obra del autor no es nada

---

<sup>1</sup> Para refutar esta postura, uno podría preguntar porque los autores que lo defienden toman la molestia de escribir y publicar sus argumentos, si al final la intención del autor no se puede recuperar.

más que un conglomerado de obras previas—es como un mosaico de citas de varios convencionalismos presentes en la cultura del autor. Como hay que utilizar obligadamente estos, el sentido de la obra se encuentra en estos, no en la intención del autor. Por lo tanto, el estructuralismo busca el sentido del texto en el texto mismo, concretamente en su género.<sup>2</sup>

¿Qué tiene que ver todo esto con el estudio de la Biblia? Comentaremos esta cuestión según los dos métodos “históricos” que explicamos en el último artículo (histórico-crítico y histórico-gramático). Por un lado, en el desarrollo y la aplicación del método histórico-crítico, algunos intérpretes se aferran tanto a la historia o al desarrollo del texto y en sus contextos originales, que parece que estudiaran todo menos el texto final. Paradójicamente, muchos intérpretes que dudan de la historicidad del texto bíblico se esfuerzan por entresacar de las fuentes anteriores lo poco histórico que haya—hasta tal punto que no prestan atención al texto en sí y su significado. Como reacción a este descuido de la forma final del texto surgieron, en círculos liberales, otras teorías enfatizando la importancia de la forma canónica del texto, sin entrar en cuestiones de su historicidad. Estas teorías interpretativas, que se centran en el texto, se llaman métodos *sincrónicos* porque no estudian el desarrollo de un texto a través del tiempo (como los métodos *diacrónicos*), sino que estudian exclusivamente la forma final del texto. Tales acercamientos no se preocupan por la historicidad de un texto, ni por su contexto histórico. Un ejemplo de este tipo de lectura es la llamada “lectura narrativa,” que presta atención especial a características del texto como la estructura del relato, su focalización, el uso del tiempo, como maneja y retrata los personajes, el tipo de narrador o lector que se usa, etc.<sup>3</sup>

Por otro lado, para aquellos que practicamos el método histórico-gramático, será menor la sintonía con el estructuralismo. En parte porque el estructuralismo niega la autoridad del autor, lo cual abre el campo para una diversidad de sentidos surgiendo de un solo texto, y lo que es todavía peor, acaba exaltando al lector por encima del autor divino del texto. Además, el estructuralismo no se preocupa por los datos históricos expresados en un texto, antes bien busca un sentido universal y abstracto en el uso de los convencionalismos. Muchas veces los intérpretes bíblicos progresistas se preocupan más por *cómo* el texto comunica que por lo que pretende comunicar. Ocuparse en cosas por el estilo les sirve a muchos a especie de escudo ante las cuestiones históricas del texto. Es preciso decir que el paso a la metodología sincrónica no significa que haya cambio respecto a las actitudes escépticas y autónomas de muchos intérpretes modernos. Efectivamente se sigue ignorando la intención del autor divino en el texto. Las técnicas centradas en el texto suelen analizar mucho a éste sin llegar realmente a interpretarlo o aplicarlo. Para el creyente esta actitud es totalmente inadecuada. La fe cristiana está basada en hechos históricos, por tanto, las cuestiones históricas son de la mayor importancia. Si Jesús no murió por nosotros en la historia, ¿qué esperanza tenemos que nos salvará al final de la misma?

---

<sup>2</sup> Longman, *Literary Approaches*, 112-18.

<sup>3</sup> En esta categoría de acercamientos sincrónicos que enfocados en el texto podríamos clasificar el llamado “Yale School” y la “crítica literaria nueva.” Dos nombres asociados con esta escuela son Hans Frei y George Lindbeck.

Dicho esto, también es cierto que pueden ser aprovechables ciertos planteamientos que se originan en las teorías hermenéuticas enfocadas hacia el texto. Por ejemplo, para algunos evangélicos metidos en tareas apologéticas, es fácil preocuparse tanto con la historicidad de la Biblia que acaben perdiendo de vista el significado y la aplicación de los mismos textos cuya historicidad tratan de defender. También existen tendencias en el mundo evangélico que enfatizan la guía del Espíritu hasta tal punto que se menosprecia el estudio serio e intelectual del texto bíblico. Desde la teología cristiana sabemos que esta manera de escuchar la voz de Dios no es adecuada (Dios obra en nosotros con su Espíritu siempre por medio de la Palabra: Rom 10:17; Stg 1:18; 1 P 1:23), al mismo tiempo, los enfoques en el texto nos retan a no perder nunca de vista el texto como uno de los tres elementos fundamentales en la comunicación.

Otra trampa en la cual se suele caer en círculos evangélicos es en la atomización de los textos. La interpretación evangélica a menudo se centra demasiado en porciones muy pequeñas del texto—centrándose en pocos versículos o incluso en una sola palabra, sin consideración al contexto más amplio. Pero la Biblia, como otras obras literarias, contiene textos que tienen que leerse como unidades. Por ejemplo, el relato del diluvio tiene una estructura que liga toda la narración de los capítulos 6 al 9 del Génesis. En los Evangelios se disciernen pautas organizativas de su material indicando que son obras pensadas para leer como unidades. Y las cartas de Pablo fueron escritas con la idea de ser leídas en las congregaciones en su totalidad. Es importante que el interprete evangélico sea sensible a esta realidad para poder captar bien el sentido de los textos.

Un tema textual que subraya el estructuralismo y es fundamental para la recta interpretación de la Biblia es la cuestión de los géneros. Es imprescindible entender como funcionaban los convencionalismos (utilizando el término estructuralista) antiguos de los discursos escritos para poder interpretarlos bien. Hay que conocer los recursos que los autores antiguos empleaban—las “reglas del juego” de sus escritos—porque la buena interpretación requiere obediencia a estas reglas. Como Vanhoozer dice, todos los textos son actos literarios, pero no todo texto es el mismo tipo de acto literario.<sup>4</sup> Cada género tiene sus propias reglas. En la vida cotidiana interpretamos según esta realidad. No aplicamos las mismas reglas de lectura al periódico que aplicamos a una novela o a la poesía. Al leer estos textos de distintas clases, pensamos que tenemos que ajustar nuestras expectativas según sus géneros. Del periódico esperamos información objetiva, de la novela esperamos drama y ficción, de la poesía esperamos una alta concentración de simbolismo y figuras. Leemos según las diferentes características propias de las diversas clases de texto. Lo mismo pasa con la Biblia. En ella encontramos narración, poesía, material didáctico, literatura sapiencial, y más géneros. Todos ellos facilitan la comunicación si sabemos aplicar las reglas apropiadas a cada uno de ellos.

Una manera de enfocar esta cuestión de los géneros es haciéndonos la siguiente pregunta: ¿debemos interpretar el texto bíblico de forma literal o no? Si se trata de una interpretación “literalista” que lee toda la Biblia como si consistiese en narración histórica o en discursos didácticos, la respuesta es *no*. Hay géneros que no permiten tal clase de lectura. Unos ejemplos: ¿Significa Salmo 2:12 que podemos

---

<sup>4</sup> Vanhoozer, *Is There Meaning*, 338.

perder nuestra salvación si no nos portamos bien? ¿Tiene Dios plumas (Sal 36:7)? ¿Es Pr 22:6 una promesa invariable? ¿Qué es lo que Dios quiere de nosotros según Pr 26:4-5? ¿A qué se refiere Ez 37? ¿Las puertas del cielo son perlas (Ap 21:21)? Estos son algunos ejemplos un tanto elementales, pero tipifican la necesidad de ser sensibles a los diversos estilos literarios que la Biblia emplea y dejar que cada género comunique según las características que les son propias.

Volviendo a la pregunta de si debemos interpretar la Biblia de forma literal, si se trata de una interpretación de la Biblia como “literatura” entonces la respuesta es sí. El sentido literal de la Biblia es el sentido “natural”—es el sentido que la Biblia comunica según las diversas formas y estilos que manifiesta. Interpretar la Biblia literalmente en el sentido clásico de la palabra “literal” significa interpretarlo en base a las reglas normales de gramática y estilo según cada uno de sus géneros (ve el resumen de la hermenéutica de Lutero y Calvino en el segundo artículo).

Para resumir, se puede decir que es necesario, en un sentido, acercarnos a la Biblia como nos acercamos a cualquier otro libro humano. Hay que decir esto con mucho cuidado porque fue precisamente este concepto mal aplicado que llevó a muchos, desde la época moderna, a aplicar criterios naturalistas en su interpretación de la Biblia. No obstante, es necesario reconocer la humanidad de la Biblia. Es inspirada en su totalidad, pero no por eso será un conjunto de dichos “mágicos” a los cuales no se aplican las normas típicas de gramática, de estilo, y de discurso. El Espíritu nos ilumina y nos aplica la Palabra cuando la leemos, pero no sirve como un atajo para no tener que hacer el trabajo duro de entrar en diálogo con el autor humano e intentar escucharle en sus propios términos.

Hasta aquí hemos tocado dos de los tres elementos de la comunicación textual, comentando su importancia para la hermenéutica bíblica. Nos queda por considerar el lector, elemento en que precisamente hay más controversia hoy en día.

Matt Leighton

Publicado en *Edificación Cristiana*, 2009-2010.